

LOS BESOS DE PETRARCA

Javier Vázquez

Finalista

Los besos de Petrarca

Dispuse todo lo necesario en la maleta. Me iba a Roma en tren. Sé que para un viaje así la gente coge el avión; yo no. Me gusta viajar en tren desde niño. Entonces tenía que coger uno para ir al colegio. De hecho ese tren fue testigo de mis primeras líneas y pronto comprendí que difícilmente iba a encontrar un lugar mejor para escribir.

Ya había llegado al andén; busqué mi vagón y después mi litera. Salíamos a las once de la mañana, así que las literas no eran tales, y no lo serían hasta la noche. Coloqué donde pude la maleta, y saludé a los que allí había y que pasaban a ser mis compañeros de viaje.

Estaba una pareja, de unos sesenta, que iban de bodas de plata a Roma, con el aspecto de gente que ha luchado en la vida, de esa que merece disfrutar de vez en cuando de una pausa como podía serlo este viaje. Estaba un hombre de ojos brillantes y labios descolgados, más o menos de la misma edad que la pareja y que parecía ir borracho; no nos dijo su nombre y nadie parecía estar interesado en preguntárselo. Y estaba también Alfred, un norteamericano de entre cuarenta y cincuenta; de esos yankis que han descubierto que el mundo no se acaba en Wisconsin, o en Utah. Hay pocos que lo hacen, pero cuando lo descubren, se convierten en viajeros de raza, y ya nada les para. El tren se puso en marcha, y cuando parecía que ellos serían mis únicos compañeros de viaje, apareció ella.

—Hola— nos dijo a todos.

Cuando quise darme cuenta, estábamos en el bar del tren, frente a frente en una de esas diminutas mesas con taburetes pegados al suelo, tomando una cerveza tras otra. Era de Santander, pero me hablaba casi todo el tiempo en italiano.

—Así te vas acostumbrando—me decía.

—Ya, pero así habrá cosas que no entienda.

—Eso no importa.

Le parecía interesante que yo no lo entendiese todo. Decía que estaba bien que quedasen huecos; que podía intentar llenarlos o dejarlos como están. Todo eso a mí me desconcertaba, pero también hacía que me interesara por ella. A pesar de dedicarme a escribir, las emociones no me solían acompañar, tan sólo escribía sobre ellas; supongo que era por eso por lo que viajaba a Roma, a vivir episodios diferentes de los que me esperarían en Madrid, donde mis hábitos, hasta los más extravagantes, se habían convertido en rutina.

Y desde ese punto de vista, el viaje había comenzado de maravilla.

—¿Has leído a Dante, a Petrarca...?

—Sí, alguna vez, claro—le respondí.

—Pero traducidos, ¿no?

—Pues sí...

—Pues no te has enterado entonces.

—¿Cómo que no?—contesté.

—Escucha, escucha...

Y ahí estaba yo. Escuchándola recitar en italiano, sin estar seguro de si era Dante o Petrarca, o Francesco Totti...

En un momento del recital, le hice un gesto de que no entendía muy bien y eso le molestó.

—¡La música! ¡Escucha la música! Ella te va a decir más que las palabras.

Y más que la música, el instrumento, ella, pensé. Ese recital dado por otro cualquiera, pongamos por ejemplo, de mis compañeros de vagón, hubiese resultado un tostón insufrible.

Antes de que acabara, el vagón-cafetería del Expreso Madrid-Roma, vía Barcelona, se había transformado en La Scala de Milán.

—¿Qué? ¿Has escuchado la música?

—Claro...

—Te lo dije. La poesía es música.

Música, poesía... sólo faltaba un buen beso. Mientras recitaba había estado tan concentrado en tratar de entenderla y en sentir la música de las palabras, que me conocía ya su boca de memoria. Primero le agarré con mis labios el suyo de abajo, más carnoso, después busqué también el labio de arriba. Disfruté unos instantes la sensación de haber atrapado su boca para, después, cuando los dos teníamos ya las bocas bien abiertas lanzar mi lengua a buscar la suya disfrutando del momento en que las lenguas se encuentran por primera vez...

Después de algún comentario de reproche, no sé bien si de algún camarero o pasajero, nos levantamos de allí y, sin dejar de besarnos, nos fuimos a uno de los lavabos del tren a seguir con lo nuestro. En ese momento sentí que era el polvo de mi vida, aunque cuando estás muy excitado, puedes llegar a creer que todos lo son.

—¡Estás loca!—le dije.

—Será divertido.

No me había dado tiempo a vestirme y ya estaba ella abriendo la puerta del lavabo para salir.

—Espera; para un momento, ciclón.

—Venga, que hace un momento eras mucho más rápido, demasiado, diría yo...

—¡Serás...!

No dije nada más. Me miró con cara de guasa y bastó. De hecho bastaba para que me dijera todo lo que le diera la gana.

Recorrimos el tren. Yo sólo iba pendiente de ella y ella iba delante marcando el ritmo y decidiendo cuándo hacer una pausa. Yo le agarraba la mano y ella se dejaba un rato,

para luego volverse a soltar, y así yo volvía a luchar por agarrársela, y ella volvía a dejarse otro rato...

Ella decidía si pararse a hablar con alguien o no. En los pasillos se detenía en cuanto veía a alguien con una guía de Roma, y le comentaba cosas que no vienen en las guías o le sugería una ruta por la ciudad. Si se paraba mucho tiempo, yo le agarraba la mano y tiraba de ella.

Se había hecho ya de noche y decidimos pasarnos por nuestro vagón. Alfred, el americano, estaba justo enfrente de la puerta, en el pasillo, desplegando un mapa de carreteras. No pensaba estar solamente en Roma sino que quería ir hasta el sur también, y, claro, Elena tenía que aconsejarle caminos y lugares. Pero esta vez no lo hizo gratis; le pidió a Alfred que, a cambio, nos contase alguno de sus viajes, lo que éste hizo encantado, pero en inglés y sin música. Nos habló de un viaje a Turquía que había hecho el año pasado, y de cómo se recorrió en tren la Capadocia.

Después de otra visita al bar, decidimos dormir un poco. Ya en nuestro vagón, el hombre que estaba en sus bodas de plata, se me acercó y me dijo al oído:

—Espero que lo hayáis hecho ya, ¡eh! Porque ahora... ahora no os lo montéis. A mí me da igual, pero estoy con mi mujer, entiendes, ¿no?

Le respondí que se quedara tranquilo con un gesto que creí apropiado. Creo que si hubiera estado sin su mujer, no sólo no le hubiera importado sino que hasta hubiera pagado por ello.

Nos acostamos juntos, y ella se durmió. Yo no pude, y realmente tampoco lo quería; al poco tiempo amaneció, y para mí lo hizo detrás de la cortinilla de la ventana al separarla un poco con la mano. El tren, rodando tragaba los campos de uva; y los de trigo; y los de girasoles.

Cuando me pareció que iba abrir los ojos la besé, y entonces los abrió del todo. Después desayunamos juntos, y juntos volvimos otra vez al mismo lavabo.

Llegábamos ya a Roma, y todos los del vagón nos bajamos en Termini, la estación central; poco antes de que se parase el tren, y mientras guardaba algunas cosas en mi maleta, Elena salió al pasillo con bastante prisa. Me pareció oír que me decía que lo sentía. El tren paró; y el tiempo que tardé en cerrar mi maleta fue suficiente para salir al pasillo y no verla ya. Tardé en alcanzar la salida; había mucha gente y maletas taponándola. Cuando por fin llegué al andén, no la vi. Elena ya no estaba. Miré a un lado, al otro... ni siquiera sabía dónde estaba la salida, dependía de si ibas a la calle, al metro, a coger otro tren... tiré de la maleta y eché a correr... ¡inada! No había ni rastro de Elena; no sabía hacia dónde había ido. Había salido a toda prisa; su mochila era menos pesada que mi maleta, y a lo mejor estaba ya en el metro, o en un taxi. Quizás alguien la hubiese ido a esperar y se hubiese marchado ya... quizás ese alguien sea la razón de todo esto. ¡Sí! ¡Eso era! No me había dado explicaciones; tampoco yo se las había pedido, es verdad. Pero irse así... por lo menos me podía haber dicho algo...

Roma es triste, créanme. Al menos sin Elena, y al menos para mí.

Todo fue tan rápido en el tren... tendría que haberle contado tantas cosas; y ella... ella tendría que haberme dicho más, mucho más. Sí; me habló de muchos sitios, de bares, de museos, qué sé yo... recuerdo algunos nombres. Está siendo como buscar un grano de sal en la playa.

Y aún así lo estoy intentando con todas mis fuerzas desde que he llegado hace dos días; por ahora todo ha resultado inútil. He llegado al convencimiento de que alguien la estaba esperando en la estación. Tiene que ser eso, ¿qué si no? Y no quería que ese alguien me viera. Eso es que significué algo para ella; si no, lo hubiéramos hablado, me lo hubiera contado; las cosas hubieran quedado más claras desde el principio. No sería la primera vez que algo así pasase. Lo que no entiendo es cómo he podido ser tan torpe de no haberle pedido siquiera el número del móvil. De hecho no tengo nada más que su nombre, si ése era su nombre, y aunque no lo fuese, para mí sólo podía ser Elena.

Salgo de mi hotel, en Vía Veneto, y pongo los pies en la calle; triste calle de una triste Roma bajo el sol de junio; todo está lleno de luz, y oficialmente es un día caluroso, de buen tiempo. El problema es que no hay más clima que el del corazón. Allí es donde llueve, hace sol, o, como hoy, caen finas tiras de nieve que amenazan con dejarme encogido.

Esquivando a tipos que quieren que almuerce en sus locales, llego hasta la plaza Barberini. Frente a la fuente del tritón que sopla la caracola, me siento a preparar el camino para hoy; un camino que me lleve a ella. Tomo el que va hacia el sur, por la vía Tritone. Imagino que si no hubiera conocido a Elena, hubiera sacado ya varias veces mi pequeña libreta, para anotar lo que veía, lo que sentía; para componer después un cuaderno de viajes, como aquel que había escrito Goethe después de estar en Roma. Sí, todo estaba por allí, delante de mis ojos, y yo lo miraba mientras paseaba, pero no lo veía, porque en realidad sólo había algo que yo quería ver, y era a Elena.

Después de mucho caminar llego adonde quería, al Campo de Fiori. Muchas de las cosas que recordaba de entre las que ella me había contado, pasaban por aquí. Entro y salgo de varios cafés, husmeo en alguna tienda... nada.

Llego a una calle un poco más oscura, vía Giulia, y la camino hasta que doy con algo que llama mi atención; es un cartel clavado en un tablón de una iglesia:

"Recital de versos de Petrarca y Dante acompañados de música de Corelli. Iglesia de Santa María dell' Orazione e Morte. Martes 17 de junio, a las 18 horas. Entrada libre"

Ya había empezado, así que entro de inmediato. Hay suficientes bancos libres, y puedo sentarme en uno vacío; la busco, claro, pero no está. Sin embargo en un banco de la otra fila, a la altura del mío hay un tipo que me resulta familiar. Es uno de los de mi vagón, del viaje, es el borrachín. No había llegado a hablar con él, así que no sabía su nombre; pero sí, es él, no hay duda. No lo hubiera imaginado nunca ahí metido.

Decido esperar a que termine el recital para hablar con él. Quién sabe; a lo mejor la ha visto o ha oído algo...

Durante el recital, lo que escucho me resulta amargo y dulce al mismo tiempo. La poesía tiene la música incorporada, pero yo sigo prefiriendo la del tren, la de ella.

Echo un vistazo a mi guía para descubrir que estoy en la iglesia donde en el siglo dieciséis traían a los muertos desconocidos, para darles cristiana sepultura. Está llena de símbolos mortuorios, calaveras aladas, guadañas... y sin embargo, pienso, lo que está lleno de muerte es la iglesia en sí, muertos que nadie había reclamado, que nadie había ido a ver, muertos que eran nadie, aquí enterrados bajo y entre las piedras.

Al terminar el recital, me acerco al hombre del tren. Me siento en su banco.

—¡Hola!, ¿me recuerda? Íbamos en el mismo vagón, en el tren...

—¿Qué quieres?

—Recuerda a Elena, ¿no? La chica con la que yo estuve durante el viaje...

—¿Qué le pasa?

—Que si sabe algo de ella, no sé... ¿la ha visto en algún sitio?

—Pues claro que no. ¿Cómo iba a haberla visto?

Hay en el hombre del tren un tono despectivo, que no me pasa desapercibido. Además me mira con una confianza y una familiaridad impropia de alguien que no sabe ni mi nombre.

—Vamos, Julio—siguió hablando—, lo del tren ya pasó. Te quedan quince, no, ya sólo doce días aquí, en Roma. Es hora de que espables, de que te pongas en marcha.

—Pero... ¿cómo coño sabe?... ¿pero quién le ha dicho?... ¡Oiga! ¡Dónde va! Espere...

Aprovechando mi estupor, el hombre del tren se marcha, y cuando salgo a la puerta de la iglesia no puedo ver hacia dónde va.

Dos calles más arriba, en dirección a la plaza Farnelli, el hombre del tren se detiene frente a una pareja española que le había abordado.

—Perdone—le dicen—, ¿es usted Antonio Cienfuegos, el escritor?

—Sí, soy yo...

—Nos encantan sus novelas, de verdad. Mire, llevamos una en la mochila. ¿Nos la podría firmar, por favor?

—Con mucho gusto. ¿Os llamáis?...

En la portada del libro que Antonio, el hombre del tren, está firmando se puede leer:

Antonio Cienfuegos

Viaje a Roma

El único escritor capaz de dotar de alma propia a sus personajes.